

Prólogo

Georges Sauvet

La cueva del Pindal fue descubierta por Hermilio Alcalde del Río en abril de 1908, estudiada por él mismo, el padre Lorenzo Sierra y el abate Breuil y publicada en 1911 en una magnífica obra dedicada a las cuevas cantábricas decoradas (*Les Cavernes de la région cantabrique*), en la misma serie que había ofrecido la primera monografía de Altamira en 1906. Hace exactamente un siglo que el público conoció, gracias a las espléndidas litografías en color de este libro monumental, las más bellas obras del Pindal.

El inicio del siglo XX fue un periodo de intensa actividad por parte de los activos prospectores que fueron Alcalde del Río y el padre Sierra. Es fácil imaginar la gran emoción que sentirían esos hombres cuando, atravesando la región cantábrica, de Vizcaya a Asturias, juntos o por separado, iban descubriendo cuevas, a veces varias en el mismo día en el transcurso de una misma excursión. En pocos años dieron a conocer no menos de quince cavidades, entre ellas algunas de las que hoy figuran como las más importantes del patrimonio universal: en 1903, Covalanas, La Haza, Hornos de la Peña, El Castillo, El Salitre, La Venta de la Perra, Sotarriza; en 1906, El Pendo y La Clotilde; en 1907, La Meaza; en 1908, El Pindal, Quintanal y Mazaculos, las tres en el mismo día, y La Loja; en 1909, Las Aguas de Novales. Junto con

el descubrimiento casi simultáneo de Font-de-Gaume y Les Combarelles (Dordña) en 1901, ningún otro periodo de la Historia reciente ha sido tan fértil en descubrimientos. Se puede afirmar que la *Prehistoria del arte occidental*, retomando el título de una obra escrita mucho más tarde por A. Leroi-Gourhan, nació realmente durante aquellos fértiles años que siguieron al reconocimiento oficial del arte paleolítico de Altamira en 1879.

Sin embargo –y contradictoriamente–, la cueva del Pindal no ha sido bien conocida hasta la actualidad. Durante el siglo XX, los métodos de estudio del arte parietal fueron evolucionando. En nuestros días, los bellos croquis del abate Breuil han sido reemplazados por calcos de una mayor precisión.

Hubo que esperar al año 1954 para que se emprendiera un nuevo y pormenorizado examen de las paredes de la cueva del Pindal por parte del profesor F. Jordá Cerdá y M. Berenguer. Como era de esperar, el estudio aportó algunas novedades, en particular finos grabados que escaparon a la sagacidad del abate Breuil. Por primera vez, se ofreció una visión de conjunto del panel principal bajo la forma de un desplegable. Los tiempos habían cambiado: no bastaba con ofrecer bellas reproducciones de una selección de las obras más características, se hacía imprescindible un

enfoque global, exhaustivo, de las huellas de la actividad creadora de los hombres prehistóricos.

De los últimos cincuenta años solo se pueden citar algunas menciones esporádicas basadas en exámenes rápidos e insuficientemente contrastados (Morales Muñoz y Roselló Izquierdo 1985/86; Balbín *et al.* 1999). La cueva del Pindal se mantuvo a la espera de un estudio global realizado según los estándares actuales de la investigación referida al arte rupestre.

En este contexto, el trabajo de María González-Pumariiega Solís adquiere todo su valor. Efectivamente, una cueva de las dimensiones del Pindal no puede ser estudiada como antaño, en un par de días, ¡incluso por alguien que tenga la entrenada mirada del abate Breuil y su gran talento como dibujante!. Solo la continua frecuentación de las cuevas y la lenta adaptación a las texturas de la roca calcárea, a sus sutiles variaciones estacionales de color, permiten establecer una relación íntima con la pared, así como interiorizarla. Para sentir plenamente la humanidad del arte cavernario es necesario compartir el sentimiento de apropiación que debió de invadir al artista al situarse ante las paredes vírgenes, al estudiar la textura de la roca, rozándola antes de imprimir su marca en ella. En el caso del Pindal, esto es imprescindible porque las obras se integran orgánicamente con el soporte. No hay ni un grabado ni un trazo pintado que no mantengan con la roca una relación estrecha, fundamentada. Esta es la razón por la que las reproducciones dejan siempre un gusto de insatisfacción. Cualquiera que desconozca este aspecto fundamental del arte cuaternario dejará inevitablemente de lado su esplendor y riqueza.

Decir que la cueva del Pindal no era aún bien conocida es una afirmación a la vez verdadera y falsa. Por un lado, la rápida publicación de sus obras principales, a menos de tres años del descubrimiento, es una proeza que debe ser reconocida, sobre todo cuando tenemos muchos y cercanos ejemplos de lo contrario. ¿Cuántas cuevas decoradas –y no solo las menores– carecen de una documentación completa, aún decenios después de su descubrimiento? Por otro lado, su pronta publicación pudo dar a entender que todo quedaba dicho y que la cueva no merecía ser objeto de un renovado interés. La atención se había, en cierto modo, cristalizado, fosilizado, en las imágenes fijas de una cierva y un mamut rojos –dignos

de admiración, por supuesto– pero dando una visión sesgada del arte del Pindal.

Cuarenta y tres años transcurrieron antes de la revisión de Jordá y Berenguer, y los dramáticos acontecimientos que conoció España durante ese periodo no son argumento suficiente para explicar ese lapso. La publicación de 1954 tuvo el mérito de presentar por primera vez el amplio friso del panel principal en su continuidad espacial, lo que supuso un avance esencial para su comprensión. Desafortunadamente, el artículo, aparecido en el *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, someramente acompañado de croquis en blanco y negro, no hace justicia al talento como dibujante que Magín Berenguer demostró años más tarde en Tito Bustillo y Llonín. Después, el silencio volvió a recaer sobre la cueva durante medio siglo, lo cual hace más meritorio el trabajo que presenta ahora María González-Pumariiega.

Si el aficionado al arte y quizá también el historiador del arte pueden sentirse satisfechos con reproducciones extraídas de su contexto y seleccionadas según criterios estéticos actuales, la prehistoria contemporánea tiene exigencias más drásticas. No solo es imperativa la restitución fiel de las obras y de sus soportes, sino también una atención constante a lo que sería el gesto del artista o, más exactamente, a la sucesión de gestos que concurrieron para crear la obra tal y como la contemplamos hoy en su contexto. Esta tarea es particularmente delicada debido al ultraje del tiempo, que borra parcialmente los vestigios de la creación y, no menos, a la incuria de nuestros contemporáneos –o peor, al vandalismo absurdo– que han contribuido a desfigurar lo que los milenios habían preservado.

Que las cuevas paleolíticas hayan sobrevivido decenas de miles de años para aportarnos el brillante testimonio de los primeros símbolos de la Humanidad puede parecer milagroso. Esto se explica en la mayoría de los casos por un excepcional concurso de circunstancias: el cierre accidental de las entradas, debido a desprendimientos o al hundimiento de los abrigos, permitió el mantenimiento de una atmósfera estable. Desafortunadamente, en muchos casos, los acondicionamientos modernos por el interior, destinados a facilitar las visitas, provocaron una alteración climática irreversible y aceleraron el ritmo de los acontecimientos geológicos en proporciones insospechadas. Las cuevas decoradas han sufrido más en el transcurso

de los cien últimos años que en los quince o veinte milenios anteriores. Para convencerse de esta triste realidad, basta con recordar el sorprendente estado de frescura de cuevas recientemente descubiertas, como La Covaciella (Asturias) o Chauvet (Ardèche).

En este sombrío panorama, la situación del Pindal está lejos de ser la más alarmante. La comparación de las fotografías y calcos antiguos con la realidad actual no muestra cambios considerables, salvo ciertas excepciones que María González-Pumariiega ha apuntado perfectamente. Es este un hecho a destacar porque el dispositivo parietal creado por los hombres prehistóricos parece haber sido preservado íntegramente, lo que permite un estudio de conjunto.

María González-Pumariiega habla modestamente de un “catálogo”, pero su trabajo es mucho más. No solo nos entrega un inventario exhaustivo, el más completo que existe hoy en día, sino que cada entidad gráfica, desde la más discreta marca de pigmento hasta la más suntuosa figura animal, es objeto, no de una descripción trivial, al uso en catálogos de exposición, sino de un análisis completo que va de los detalles íntimos de su realización técnica hasta su inserción en el dispositivo parietal. El discurso de María González-Pumariiega está plagado de comentarios pertinentes sobre el gesto artístico, el estilo, las dificultades experimentadas por tal artista en tal circunstancia, sobre la

disposición general de los paneles en relación con la topografía natural de la cueva, sobre la cronología relativa de las diferentes fases de ejecución, que tanto ha dividido a los investigadores anteriores. Es una sucesión de agudas observaciones personales que señalan una gran empatía con los artistas de la Prehistoria.

En resumen, lejos de ser un “catálogo” frío e impersonal, la obra que nos propone María González-Pumariiega es un ensayo que pretende situar a la cueva del Pindal en la realidad antropológica y social de los cazadores de la Prehistoria, un ensayo imbuido, humanizado, por la correlación íntima que ella ha trabado con las paredes durante años de frecuentación casi diaria. Nadie mejor que ella sería capaz de hacernos compartir esa experiencia. Gracias al trabajo de María, la cueva del Pindal deja de ser un punto en el mapa, una postal, una serie de imágenes desnudas, para volver a ser una obra viva, fruto de la acción humana, una parte de nuestra herencia.

En el imaginario popular, Pindal es sobre todo conocida por la espléndida vista del mar y los acantilados golpeados por las olas que se pueden admirar desde su entrada. Apostemos por que este hermoso libro, sin borrar por completo el cliché ligeramente estereotipado que queda ligado a nuestra memoria, lleve la mirada del lector hacia el interior de la cueva, donde le esperan otras maravillas.